

La Vida

I

Cuando mamá amamanta brotan todas las margaritas del mundo, se abren las crisálidas y retozan los oseznos. Al hacerlo, yo la miro y respiro, la miro y me alimento, y me hago más fuerte. Su olor me conforta, me arrulla, me despierta y me vuelve a dormir. Pasa cuando hay hambre, sueño, frío, calor, dolor, sed, miedo... Entonces la busco, y siempre la encuentro.

En la calma, después de alimentar a su bebé, Patricia sigue manando para alimentar a otros. Se sienta y las más veces, llena con su leche materna dos o tres botellitas de cristal. Las menos, aunque sea media. La veo escribiendo en ellas la fecha de la extracción y guardándolas en el congelador.

El día que comenzó a hacerlo, la vi sonreír, desde entonces, su sonrisa invade toda la casa, llega hasta el portal, cruza la calle y se esparce por el barrio. Yo creo que es contagiosa, porque el señor que recoge en casa las botellitas de cristal tiene su misma sonrisa, de oreja a oreja. Al entregárselas, mamá se emociona tanto que su corazón late más rápido. Lo escucho de cerca, lo escucho a lo lejos, lo reconozco, y aunque se confunde con el sonido del reloj, de este lo único que toma es el valor del tiempo que tiene para seguir haciéndolo, que es corto.

Cuando mamá amamanta, llueven meteoros y estrellas fugaces, y yo me crezco, me hago grande. No hay oscuridad que me espante, ni sombra que me perturbe. Ella me ilumina. Quizá por eso, si las vemos al trasluz, las botellitas de cristal brillan por dentro. Dicen que en cada una de ellas corretean peques, batallan piratas y hasta se celebran cumpleaños. Hay que agitarlas y observarlas bien, fijamente, durante un largo rato.

En la tempestad, también sigue manando, altruista. Mamá deja de hacer por ella para hacer por otros. Ya puede agriarse el mundo, que no hay fuerza que le quite la dulzura. Sabe cuánto cuesta cada botellita de cristal... una, veintitrés, cincuenta y ocho... Martín, Ana, Farid, Carolina, Florin, Cecilia, Chang, Pedro...

El día que Patricia entregó su última botellita de cristal, le leyeron los nombres de todos los bebés a los que había amamantado, y volvió a manar. Sus ojos se inundaron. Y ahí estaba yo, en todo mi esplendor.

II

Las botellitas de cristal con la leche materna que dona Patricia llegan en pequeñas neveras portátiles al Banco Regional de Leche Materna Aladina-MGU del Hospital 12 de Octubre de Madrid. Pasteurizarla no es tarea sencilla. Hacen falta máquinas, químicos, pipetas, termómetros, cultivos, controles, coordinación, investigación, rigor y, sobre todo, profesionales altamente cualificados para realizar este trabajo, que además amen lo que hacen.

Antes, las llevaba la misma Patricia, ahora lo hace por ella el señor que tiene una sonrisa de oreja a oreja. Antes, pasteurizar esta leche requería más de 30 minutos, ahora lo hace un equipo que eleva su temperatura a 72°C y la enfría a 4°C en apenas 15 segundos. Antes, se procesaban pocas cantidades al día, ahora unos 10 litros por hora, reteniendo y optimizando, además, importantes compuestos nutricionales. Es lo que tiene hacer las cosas cada vez mejor durante más de una década.

Al año, al igual que Patricia, más de trescientas mamás donan su leche a este Banco, que surte a otros siete hospitales de la región. Entre todas, reúnen más dos mil litros y apoyan en su alimentación a más de setecientos bebés muy prematuros o en riesgo, ingresados en la UCI neonatal por distintas patologías.

Cuando las mamás donantes se reúnen, la Vía Láctea, más láctea que nunca, hace visibles todos sus meteoros y estrellas fugaces. Es como si la energía del universo entero se concentrara para darles fuerza, que también me nutre. Suele ser alrededor del 19 de mayo, Día Mundial de la Donación de Leche Materna. Los que saben de estrellas llaman a esta lluvia “eta acuáridas”, creen que su fuente es el cometa Halley. Esa noche, hasta la luna sonrío, de oreja a oreja.

Pero ellas no están solas, la generosidad, como la sonrisa, también se contagia. Así llegó a este relato la Fundación Aladina, cuyo aporte permitió la ampliación del Banco en 2014; y la Fundación Ronald McDonald, cuyo aporte permite, desde el 2019, la recogida a domicilio de la leche donada. A veces, me gusta recordarlos, porque sin ellos, la historia sería otra. Y cuando me invade el miedo, también recuerdo la valentía de quienes, no importa la hora o el tamaño del reto, lo hacen posible... Nadia, Carmen Rosa, María Aranzazu, Esther, Beatriz, Cristina, Irene, Diana, Natalia, María Ángeles, Ana, Victoria, Pilar, Kristin, Gerardo... Por ellos, y por todos los profesionales que aprovechan hasta la última gota que hay en cada botellita de cristal, vaya de mi parte una estrella en este cielo.

III

En la UCI neonatal, los bebés están “como en casa”. Tibia y silenciosa, el esfuerzo de los profesionales y la entereza de las familias arropan la espera. Yo me empeño en estar, pero no siempre lo logro. Eso sí, cuando llega la hora de suministrar las botellitas de cristal, me impongo. Mientras los bebés se alimentan, madres y padres, los más observadores, aseguran que, por segundos, ven a sus peques en ellas, correteando, batallando con piratas y hasta celebrando sus cumpleaños. Es la esperanza, mi aliada en momentos difíciles.

Cuenta la mamá de Martín que, después de un duro diagnóstico, cuando su bebé comenzó a alimentarse con leche de otra mamá, su intestino fue sanando. Mientras ganaba peso, yo ganaba aliento. Al cabo de siete semanas, los valores se estabilizaron y los médicos le dieron el alta. Poco después correteaba por el parque, tal y como su mamá asegura haberlo visto una mañana dentro de una de las botellitas de cristal. ¿Qué más podía pedir?

Ana pasó más tiempo. Nació de 26 semanas, su peso apenas superaba el kilo, los médicos temían por ella. Las quince semanas que estuvo aquí no me despegué de su lado. La noche antes de irse a casa, su padre la vio jugando con el mismísimo Barbarroja dentro de la última botellita de cristal que se bebió. ¿Existe mejor experiencia?

Al pequeñísimo Farid le gustaba escuchar el corazón de su mamá cuando lo acunaba en su pecho, cubierto por una mantita rosa. Dicen los expertos que el contacto piel con piel también alimenta, y esto hacían ambos todo el día. Su situación era comprometida, pero las veces que me asomé a verlos, parecía que estaban de fiesta. Hasta en sus botellitas de cristal se veían velitas de cumpleaños, y se habían contagiado de la sonrisa de la mamá donante, que ahora invadía la habitación, el pasillo y otras dependencias del hospital. El día que salieron, sonreí de oreja a oreja con ellos. ¿Cabría mayor felicidad?

Carolina, Florin, Cecilia, Chang, Pedro... también pasaron por aquí. Con todos estuve. Mientras ellos luchaban y se aferraban a mí, yo luchaba y me aferraba a ellos. Hoy, a su alrededor brotan todas las margaritas del mundo, se abren las crisálidas y retozan los oseznos. Con todos, sigo estando.

Porque cada botellita de cristal con leche materna está llena de vida. Y esa soy yo, La Vida.